

# La vida ante sí

Émile Ajar, ganó el premio Goncourt con *La vida ante sí*. Émile Ajar es el pseudónimo de Roman Gary.

*Lo primero que puedo decirles es que vivíamos en un sexto sin ascensor y que para la señora Rosa, con los kilos que llevaba encima y sólo dos piernas, aquello era toda una fuente de vida cotidiana, con todas las penas y los sinsabores.*

En París hacia los años setenta la Sra. Rosa, exprostituta judía, cuida literalmente los “hijos de puta” del barrio de Belleville. Momo uno de los niños de la casa, árabe y muy sensible nos explica en primera persona su día a día en la casa, el barrio, la ciudad... Una novela que nos enfrenta con grandes temas de la educación, la relación, la diferencia, la solidaridad, el racismo, la soledad, el miedo y sobre todo la importancia del vínculo eje de la novela.

Todo expuesto por una voz ingenua, reflexiva o íntima según las diferentes situaciones con que se encuentra y debe sobrellevar Momo.

En este marco los temas que se dibujan, y nos invitan a reflexionar, pasan por la necesidad de referentes, la construcción de la identidad, la relación con los iguales, la soledad... y envolviéndolo todo en la inevitabilidad de un vínculo que se presenta con una fuerza increíble en las últimas páginas donde nos enfrentamos a un acto de amor desesperado de Momo hacia la Sra. Rosa, que está a punto de morir.

Transcribo literalmente algunos párrafos de la obra que dan una pequeña idea de su intensidad:

- *Al principio, yo no sabía que no tenía madre ni sabía que hiciera falta tener una. La señora Rosa evitaba hablarme de ello para no hacerme cavilar. No sé por qué nací ni qué pasó exactamente.*
- *Durante mucho tiempo, no supe que era árabe porque nadie me había insultado todavía. No me enteré hasta que fui a la escuela.*
- *Entonces tendría siete o tal vez ocho años, no puedo decírselo con exactitud, porque resulta que no tengo fecha, como verán cuando nos conozcamos mejor, si les parece a ustedes que vale la pena.*
- *Después traté de llamar la atención de otro modo. Empecé a manganar del aparador de las tiendas, aquí un tomate y allí un melón. Siempre esperaba a que alguien mirase. Cuando salía el dueño y me daba un cachete, me ponía a berrear, pero, por lo menos, alguien se fijaba en mí.*

Desde mi punto de vista se trata de un libro sin desperdicio que merece una lectura atenta. Sin duda nos remite, a menudo, a vivencias profesionales y situaciones conocidas, pero ahora al ser explicadas en primera persona cambia el punto de vista, y quedamos desprotegidos de muchas certezas. Nos invita a pensar.

**Núria Franch**



Ed. Contemporánea.



Angle Editorial